

mis compañeros en que los pordioseros practiquen la virtud del ahorro, y en vez de gastarse lo recogido en la postulación tomando gotitas en la taberna, lo conserven rebujado en andrajos entre la paja de sus jergones. Sin duda sería más práctico y conveniente á sus intereses colocarlo á producir en la Caja de ahorros; pero no sé que nadie pida estas cuentas á los ricos; nadie preguntó á una marquesa muy conocida en Madrid (es decir, á su sombra, porque ya se había muerto cuando este detalle se averiguó), la razón de que buena parte de sus capitales estuviese depositada en el Banco sin reeditar un céntimo, y su regio collar de perlas guardado dentro de un utensilio que no nombro ni que me hagan pedazos, por si alguna pulcra inglesa me dispensa el honor de fijar en estas Crónicas sus azules ojos.

Del pobre nos creemos tutores, por el hecho de sacar perezosamente del bolsillo una moneda de cobre y alargársela en la calle, sin otra molestia. Y parece que nos roban, que nos defraudan, cuando en el albergue de alguno de esos remendados plañideros que nos acechan á la puerta de iglesias, tiendas y cafés aparece algo más que el zurrón vacío y el mendrugo de la vispera. ¿Qué tiene de extraño que esos oscuros trabajadores (pedir limosna es género de trabajo, y también es arte, y es á veces, en la estación de invierno, ruda y peligrosa faena) rellenen su hucha y su peto y su alcancía, en el temor de una forzosa suspensión de su labor, de un período de enfermedad y reclusión, ó meramente por desquitarse, á solas, en la fría y obscura cárcel de su chiribitil, mirando á la luz de una candileja ahumada los bonitos alfonsos brillantes, cuyo reflejo convierte momentáneamente la mísera covacha en mágico palacio por la fuerza de la imaginación?

El apego á esas economías ocultas es tal, que ha llegado á inspirar rasgos de heroísmo. Hace algún tiempo, no sé si en Madrid ó en un pueblo de provincia, hubo de arder una casa de vecindad, en cuyas buhardillas, por las cuales había principiado el incendio, habitaba gente muy pobre, y entre ella una mendiga más haraposa, más pingajosa, más carcomida por años y achaques que todas las del gremio juntas. Medio tullida por el reumatismo, la infeliz no podía valerse para huir de morir abrasada. Los bomberos, los vecinos, acudieron á prestarle auxilio, con la urgencia que el caso requería. Asombrados quedaron al ver que la anciana no quería alejarse de allí. El humo asfixiante entraba por ventanas y puertas; las lenguas rojas de la llama iban á cebarse pronto en la vieja; y ella, sin consentir que de allí la arrancasen; implorando que la dejaran allí. Cansados de luchar, en momentos apremiantes, que dan poco espacio á la disputa, acabaron por cumplirla el gusto, y feneció asada y ahumada la pordiosera. Poco después el incendio era dominado, y entre el colchón de la mendiga, protegido y cubierto por su cadáver, aparecía oro, plata, billetes de Banco..., una pequeña fortuna.

Apenas se ha secado la tinta con que trazo los primeros renglones de esta Crónica, donde ensalcé la ley de accidentes del trabajo, cuando recae mi vista sobre un diario que inserta concienzuda estadística referente á la aplicación de dicha ley bienhechora en Madrid el año de 1903.

La estadística acusa aumento de accidentes registrados, no porque hayan ocurrido en 1903 más desgracias, sino porque la ley va cumpliéndose y los accidentes siendo conocidos. Pero—observa el autor—se nota que un 10 por 100 de los accidentes declarados recaen en ancianos, mujeres y niños de corta edad. Se infringen, pues, á cada momento las disposiciones reguladoras del trabajo en sentido protector para los menores y las mujeres, habiéndoseles además hecho trabajar en domingo, con jornadas de más horas de las legales. Niño hay que aparece trabajando diez y ocho horas diarias.

Es muy instructiva y curiosa esta estadística, y se lee con interés humano profundo. En muchos casos de accidente no se ha abonado ninguna indemnización. En otros la indemnización no sube de 2 pesetas; y el salario del niño que sufrió un accidente trabajando á la una de la madrugada, era de 1'50. Una de las mujeres que sufrieron accidentes estaba cargando un carro de ladrillos. Y luego dirán que la mujer, por su debilidad y cristalina contextura, no puede salir del hogar doméstico, ni optar á empleos y cargos bien retribuidos. En cambio, puede reventarse en el muelle de mi pueblo, jalando y disputando al hombre faenas de las más rudas.

Al ladrón de la Inclusa habría que darle un premio por su agudeza, en vez de enviarle á la cárcel.

Es increíble lo que se discurre y trabaja por no trabajar, y si la inteligencia y habilidad que se derro-

chan en robos y fraudes se desplegasen para granjear lícitas ganancias, tal vez nos cantase otro gallo.

Merece referirse la estratagema del consabido ladrón, el cual fué por lana y es fácil que salga trasquilado.

Notaban en la Inclusa que disminuía velozmente la lana de los colchones, y que al compás que los colchones adelgazaban, engordaba pasmosamente el maestro colchonero, cuyo cuerpo iba pareciéndose al de los clowns en ciertas pantomimas que solazan al público con las malaventuras de una especie de tonel humano. Sorprendido y registrado el obeso, bajo su amplia blusa se le encontraron unos pantalones-alforjas, donde embutía y carretaba diariamente, en varios viajes, un regular colchoncito, formado de pizcos de lana substraídos en esta cama y la otra.

Parece que por tal sistema el maestro se hacía su jornal de tres á cuatro duros diarios: muy bonito, como se ve.

La excusa del chupa-lana es de oro, muy característica. Alega que su trabajo (llamémosle así, porque trabajo y habilidad nadie negará que sea), lo realizaba para poder comer, en atención á que el otro trabajo—el autorizado, lícito á la faz del cielo y de la tierra—no le reportaba más que el disgusto de que no se lo pagase la Excm. Diputación provincial.

El arbitrio de cobrarse en especie no deja de ser socorrido; sólo resta averiguar qué piensan de él los enfermos, que poco á poco han ido sintiendo bajo sus costillas, en vez de blandura, una dureza que ni la del fermentado lecho de D. Quijote en la venta famosa.

Y otra interrogación se me ocurre: ¿es posible realizar este esquilero lento, pero continuo, con todo el aparato escénico de disfraz de gordo que su argumento requiere, sin que se haya dado cuenta de él el personal que debe ejercer la vigilancia de la Inclusa?

Ya barruntábamos que los japoneses eran capaces de inventar la pólvora—¡vaya! ¡y tan capaces!—cuando resulta que, en efecto, la han inventado. Es decir, se han inventado su pólvora, para su uso, no para andar por casa, sino para enviar recados de atención al vecino.

Lleva esta pólvora un nombre dulce: un nombre que suena musicalmente. Se llama la Shimose.

Hasta en esto diríamos que no son gascones, pues los occidentales, que solemos serlo y escupir todo por el colmillo, le hubiésemos puesto á una mixtión tan destructora la *Racataplúm* ó la *Porrontión*, á no saber que *Shimose* es buenamente el nombre del nipón Alberto Bacón que inventó tal explosivo.

Dicen que es el más enérgico y eficaz de los conocidos hasta el día, y que hace menudo polvo de arroz de las bombas fabricadas con el mejor acero.

Y aún tiene otra gracia la Shimose: las bombas que la contienen llevan un mecanismo que las hace saltar al más insignificante contacto: al roce del ala de una mariposa ó poco menos.

Jugando con la muerte, de modo desembarazado y gentil; no retrocediendo ante el supremo espanto, llega á la victoria este pueblo verdaderamente asombroso, que así como ha revolucionado con su arte nuestra estética europea, ha trastornado con sus actos nuestras teorías, por lo visto mal fundadas, sobre superioridades étnicas, papel de la raza caucásica en el escenario de la civilización, carácter meramente científico de las guerras modernas, etc., etc. Hemos estado oyendo repetir que el valor, el heroísmo, no son ya factores importantes en los conflictos por las armas. Los boers empezaron á demostrar lo contrario, pero se alegaba el carácter especial de aquella guerra de invasión, lo cual la transformaba en guerra de guerrilla y cuerpo á cuerpo. Esta del Japón con Rusia es completamente distinta: es la magna lucha internacional, en el terreno que más se presta á aprovechar los adelantos mortíferos, el naval, la lucha en el mar principalmente. Y según van recibiendo noticias de sus lances trágicos y terribles, crece la convicción de que, por más matemáticas, más física y más química que sepan los ingenieros japoneses, ahora lo mismo que en la Edad Media, es el corazón, la resolución, el alma, para decirlo en una palabra, quien gana las victorias. El valor no consiste en arrojarse ciegamente al peligro, en «saber morir,» como se ha repetido sin examen; eso es lo primero, pero también lo último, que es preciso estar dispuesto á hacer. El valor está en la inteligencia: hay valor enorme en el cálculo, valor en el estudio, valor en esperar, valor en acometer á tiempo, valor en el sacrificio de la tradición, por el cual el guerrero japonés se ha transformado, de pintoresco *daimio*, en el combatiente serio, culto, de hoy. Y detrás de la terrible *Shimose*, vemos el alma de una patria.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ciertos dramas que no revisten belleza adaptable á la forma literaria, ni interés romántico, pasan inadvertidos; ni aun excitan la compasión. Tal sucede con esos vulgarísimos sucesos diarios, previstos por una reciente ley: los «accidentes del trabajo.»

Un ser humano viene al mundo sin más caudal que sus brazos, sus dedos, su agilidad, su fuerza. Desde niño cuenta, para subsistir, sobre ese fondo. Suele mermárselo la miseria que sufre desde la cuna, la mala alimentación, las condiciones del medio en que se va criando. Pero la buena y reparadora naturaleza triunfa de influencias perniciosas, el muchacho llega á la edad de sacar réditos á su única hacienda, y entra en la fábrica ó en el taller. Gana el pan, más ó menos escatimado, más ó menos penosamente sudado, pero gana, en fin, y el capital-hombre produce su justo interés. No ha muchos días declame un extranjero inteligente en negocios que en las naciones prósperas el nacimiento de un hombre es un valor, y en las que sufren decaimiento un no valor, un dispendio, porque el hombre probablemente no trabajará y habrá que sustentarle. No es este el caso de nuestro obrero: ya se sustenta á sí propio, produciendo á la vez riqueza.

De pronto, un movimiento torpe ó mal calculado, un paso precipitado, una distracción de las que es imposible evitar... El obrero ha sido enganchado por la máquina, la herramienta ha mordido las carnes del artesano, magullando tejidos, cortando tendones; al obrero hay que amputarle un brazo, al artesano se le cortará la mano derecha...

Detrás del sufrimiento físico, la ruina, la miseria. Quien pierde dinero podrá resarcirse; el capital del obrero ó del artesano no se recobra. El brazo que trabajaba tan activamente y que quedó sangriento sobre la mesa del anfiteatro, en el hospital, nunca más ganará el salario del cual vivía la familia.

La indemnización, la previsión legal de tamañas desventuras, es una de las más sabias entre nuestras modernas instituciones. No tiene esto, me parece á mí, nada que ver con el socialismo, al menos en el sentido de aspiración política y transformación social que encierra la palabra. Hay cosas que son naturales, y uno de los grandes motivos de extrañeza en la lectura de la historia es que no se hayan practicado toda la vida. Tal vez lo sencillamente natural y justo sea lo último que se les ocurre á los pueblos, á la humanidad toda; ó por lo menos, lo último que pone en práctica.

Los periódicos se escandalizan cada vez que refieren casos como el de la mendiga Jerónima Díaz, que pedía limosna encorvada, apoyándose trabajosamente en dos muletas, y al ser encontrada muerta en su casa, mejor dicho en su tugurio, apareció que guardaba en él tres batiles colgados de ropa blanca, por señas sin estrenar, y envueltos en trapos—habitual monedero de esta gente—trece alfonsos de oro, treinta y cinco duros en plata y varias pesetas.

Yo he dicho mil veces aquí mismo que la organización de la beneficencia es defectuosa y que el sembrar perras grandes y chicas en la calle es contraproducente; pero toda vez que no hay modo de desarraigir esa costumbre y que la mendicidad es un oficio, quisiera saber qué ven de especialmente malo